

2.4

■ 2. Hay salida

Sociedad civil y democracia en Venezuela

Edgardo Lander

En Venezuela en los últimos años se ha generalizado el uso del concepto de sociedad civil para referirse a aquellos ámbitos de la sociedad que no tiene que ver directamente ni con el Estado ni con los partidos políticos. En reacción crítica en contra del clientelismo y manipulación partidista y paternalismo y corrupción estatal que penetró al conjunto de la sociedad venezolana, hoy se habla de la sociedad civil —por contraste— como el espacio de la sociedad en el cual se viene gestando y debe continuar desarrollándose una genuina democracia de participación ciudadana. Se trata de un concepto abarcante que tiende a incorporar usos políticos y formas de identidad colectiva que anteriormente se pensaban en otros términos en el país, tales como movimiento popular y, más recientemente, nuevos movimientos sociales. Las ONGs (organizaciones no gubernamentales) de diverso tipo, las cooperativas, organizaciones vecinales, asociaciones de vecinos, juntas de condominio, asociaciones de padres y maestros, son todas pensadas (y auto-identificadas) con la idea de sociedad civil.

Se trata de una saludable reacción ética, política, organizativa y conceptual en contra de la corrupción y la manipulación partidista-estatal a la cual ha estado sometida la población venezolana durante décadas.

ESQUEMATISMO MANIQUEO NEOLIBERAL

Hay, sin embargo, un cierto esquematismo en la forma como se habla hoy en Venezuela de la sociedad civil, especialmente en las organizaciones populares y sociales sobre el cual vale la pena reflexionar. El pensamiento neoliberal ha venido imponiendo una visión maniquea de la

dualidad Estado-mercado. Mientras que en esa visión el Estado y los partidos políticos, son la representación de todas las perversiones (corrupción, clientelismo, ineficiencia, y paternalismo), el mercado y la empresa privada son la síntesis de todas las virtudes (honestidad, eficiencia, creatividad y transparencia). Esta misma visión maniquea parece estar imponiéndose en la forma como se reflexiona hoy la relación entre sistema político (Estado-partidos) y sociedad civil.

Los conceptos teóricos son abstracciones que destacan determinados aspectos de la realidad considerados como más importantes o significativos, mientras dejan afuera otros considerados como secundarios para la interpretación que se pretende mediante el concepto. En el propio proceso de iluminar determinadas relaciones y fenómenos, contribuyen a oscurecer o a ocultar aquellos aspectos sobre los cuales no se arroja luz. El concepto de sociedad civil, tal como se maneja hoy en el lenguaje político venezolano, es un instrumento teórico particularmente agudo para explorar las diferencias entre la centralización estatal-partidista y la descentralización de las organizaciones de base; para destacar el contraste entre el paternalismo clientelar y las tendencias autónomas y más participativas que han venido apareciendo en diversos ámbitos de la sociedad venezolana durante los últimos años. Sin embargo, el uso polar del contraste entre sociedad civil y sistema político en el cual la sociedad civil sintetiza las virtudes de la democracia mientras el sistema político representa la corrupción y la manipulación es singularmente inapropiado para pensar los retos de la democracia.

En este uso, que parecen compartir la mayor parte de las organizaciones sociales en el país, se está asumiendo

implícitamente el discurso neoliberal y tecnocrático sobre la política y la democracia: el Estado y los partidos son fuentes de manipulación y corrupción; la política y los políticos son, por principio, sospechosos. De acuerdo con esto, la verdadera democracia sería la democracia de los ciudadanos que participan directamente en sus organizaciones de base (organizaciones vecinales, cooperativas, y demás organizaciones sociales), manteniéndose al margen de la actividad política. Los partidos quedan reducidos al papel de maquinarias electorales para promover candidatos.

NO CONFUNDIR LA ACTUAL POLITICA CON LA POLITICA

Aquí surgen, sin embargo, varios problemas claves en relación a la idea misma de democracia. A menos que se construya una sociedad totalmente descentralizada y autogestionaria, continuarán existiendo las estructuras estatales con niveles mayores o menores de centralización y continuarán tomándose decisiones políticas y económicas que afectan al conjunto de la sociedad. Si la población sólo se organiza y se preocupa a propósito de los asuntos locales y parciales de la vida colectiva, los asuntos políticos, los procesos de toma de decisiones que afectan al presente y futuro de la sociedad, no desaparecen, sólo se tornan menos visibles, menos transparentes, y por ello, aún menos democráticos. Esto es consistente con el modelo neoliberal, neoconservador y tecnocrático sobre la política y la democracia. A la vez que se enfatiza la participación creciente de la población a propósito de asuntos locales y parciales, se descalifica a la política en cuanto proceso de toma de decisiones colectivas sobre las opciones y alternativas sociales. En este modelo cada vez hay más ciudadanos que participan en asuntos cada vez menos centrales, mientras que las decisiones básicas de la sociedad son tomadas en otro lugar. Con las ideas del fin de la ideología y el fin de la historia se pretende que de ahora en

2. HAY SALIDA

adelante no habrá grandes decisiones políticas, sino decisiones técnicas de gerencia de la sociedad.

Sin embargo, del hecho de que se oculten bajo el ropaje tecnocrático no se deriva que desaparezca la política, ni la toma de decisiones políticas capaces de afectar a toda la sociedad. No es posible la construcción de un orden social democrático si no existen mecanismos mediante los cuales la sociedad en su conjunto pueda debatir y decidir sobre los principales asuntos referentes a la vida colectiva, y si no existen organizaciones capaces de articular y organizar opciones colectivas respecto a la sociedad que se quiere. Es este el terreno privilegiado de los partidos y de la política global. No es conveniente, para el desarrollo de una sociedad democrática, confundir la actual situación de deterioro y radical deslegitimación de los partidos políticos venezolanos con la idea misma de partido. No es correcto confundir la crítica a la actual política y la actual democracia venezolana con la crítica a las ideas mismas de política y de democracia como proceso colectivo de toma de decisiones.

En un amplio espectro de las organizaciones de la sociedad civil venezolana se ha venido asumiendo acríticamente el discurso anti-estado y anti-político y anti-ideológico de la ideología neoliberal-tecnocrática. Pero la relación entre las organizaciones sociales de base y el régimen Estado-partidos, no es un juego suma cero, en el cual el debilitamiento del Estado y de los partidos signifique automáticamente el fortalecimiento de la organización ciudadana. En términos de las relaciones externas del país, el Estado es, por el momento, la única instancia de articulación de alguna noción de interés nacional *vis-a-vis* los centros financieros, el capital transnacional y los países del Norte. En este terreno, como lo ha demostrado contundentemente el proceso de renegociación de la deuda externa y la firma de la Carta de Intención con el Fondo Monetario Internacional, Venezuela no tiene un

Estado demasiado fuerte, sino muy por el contrario, un Estado excesivamente débil y dócil ante los intereses externos. Si se pretende preservar alguna noción de soberanía o autonomía nacional, se requiere, por lo tanto, un Estado democrático, pero más fuerte, no aún más débil.

Desde el punto de vista interno la crítica necesaria al excesivo intervencionismo Estatal y la discrecionalidad abusiva de los funcionarios públicos en relación a asuntos que afectan a los ciudadanos —fuente principal de la corrupción que se ha generalizado en los últimos lustros— no debe conducir a asumir la crítica neoliberal a todo intervencionismo estatal, especialmente en el terreno del bienestar social. El Estado venezolano no ha desarrollado actividades en los ámbitos educativos, de salud, vivienda, vialidad, etc., simplemente como un mecanismo premeditado de control y manipulación de la población destinada a preservar las prebendas de los políticos. La población sería una víctima de la política social. En ésta una visión unilateral y maniquea. Hay otra cara en este proceso: las luchas y las demandas de la población, incluidos los campesinos, trabajadores y habitantes de barrios que han exigido al Estado la utilización de la renta petrolera para satisfacer sus necesidades básicas, y no sólo para enriquecer a funcionarios y empresarios. Esta no ha sido una dádiva, sino la distribución de una riqueza que es la propiedad colectiva. La actual arremetida ideológica en contra del gasto social del Estado es una amenaza contra los derechos sociales y políticos que están establecidos en la Constitución. El debilitamiento del Estado en estos terrenos en los últimos años no se ha traducido en un fortalecimiento de las capacidades autónomas de la población para satisfacer sus necesidades, sino en un deterioro, en ocasiones dramático, de los niveles de vida de amplios sectores de la población. En lo que se ha traducido este debilitamiento de la presencia estatal ha sido en el fortalecimiento del capital privado y en un aumento acelerado de la concentración del ingreso en el país. El debilitamiento del poder político ha ido acompañado del fortalecimiento del poder económico.

El pensar a la sociedad civil en términos genéricos, como si se tratase de una realidad homogénea, como expresión de todo lo bueno en oposición a lo negativo representado por partidos y Estado oculta —a veces intencionalmente— la diversidad y contraposición de intereses existentes al interior de la sociedad civil. Si por sociedad civil entendemos todo lo que es diferente al Estado, son parte de la sociedad civil cosas tan diversas y de intereses tan contrapuestos como las empresas transnacionales y una pequeña cooperativa de producción, o una asociación campesina. Esta visión de la sociedad civil que ubica todos los impedimentos a la democracia en el Estado, deja fuera de la mirada democrática tanto el terreno de la producción —uno de los espacios sociales más autoritarios de esta sociedad— como las propias organizaciones de la sociedad civil que no siempre son ni tan participativas ni tan democráticas.

FORTALECIMIENTO DE LA SOCIEDAD CIVIL Y DEMOCRATIZACIÓN DEL ESTADO

La ampliación y profundización de la democracia a mediano plazo, dentro del actual modelo político liberal, no puede darse, por lo tanto, mediante el debilitamiento del sistema político, sino por la vía del fortalecimiento de la sociedad civil, la transformación del Estado en un sentido democrático y el surgimiento de un nuevo cuerpo de partidos a través de los cuales puedan expresarse auténticamente las aspiraciones y la diversidad de la población venezolana. Una sociedad democrática requiere estructuras y modalidades de participación democrática en los procesos de toma de decisiones en cada uno de sus niveles, no sólo a nivel local y sobre asuntos particulares.

La actual —profunda— crisis del sistema político ha dejado al descubierto la inviabilidad de trabajos y procesos organizativos locales que no den cuenta de los problemas generales del país, que pretendan no contaminarse con la política. La estabilidad política y el mínimo de libertades cívicas para el trabajo local ya no están garantizados.